

SI LAS MUJERES ALGUNA VEZ PUDIERAN SER MUJERES. ENTREVISTA CON REGINA BECKER-SCHMIDT

If Women Ever Could Be Women. Interview With Regina Becker-Schmidt

JOSEF FRÜCHTEL*

MARIA CALLONI**

Regina Becker-Schmidt (1937-2024) fue profesora del Instituto de Sociología y Psicología Social de la Universidad Gottfried Wilhelm Leibniz de Hannover. Sus investigaciones se centraron en la teoría de la sociedad y del sujeto, la teoría crítica, la psicología social de orientación psicoanalítica y los estudios de género. Estudió sociología, filosofía, economía y psicología social en la Universidad de Fráncfort del Meno y en la Sorbona de París. De 1964 a 1972 trabajó inicialmente como ayudante de investigación y a partir de 1968 como asistente de investigación en el Instituto de Investigación Social de Fráncfort del Meno. Tras finalizar su doctorado impartió clases como profesora en la Facultad de Ciencias Sociales. En 1973 fue nombrada catedrática del Instituto de Psicología de la Universidad de Hannover, cargo que ocupó hasta su jubilación en 2002. Comenzó su doctorado bajo la dirección de Th. W. Adorno y, tras la muerte de éste, lo llevó a término con Ludwig von Friedeburg. Becker-Schmidt contribuyó especialmente al desarrollo feminista de la Teoría Crítica en los países de habla alemana y se la asocia con el llamado enfoque hannoveriano de la sociología de orientación feminista, en el que influyó decisivamente. Sus críticas a las posiciones de la teoría crítica, especialmente a las de Adorno y Horkheimer, se refieren sobre todo a su actitud ambivalente frente al complejo de las relaciones de género.

* University of Amsterdam

** Università degli Studi di Milano-Bicocca

Früchtl [F] - ¿Podría empezar contándonos cómo es que fue a estudiar a Fráncfort?

Becker-Schmidt [B-SCH] - En parte por razones muy personales. La familia de mi padre es de Fráncfort. Mi padre murió muy joven y los últimos parientes que podían saber algo sobre él vivían allí. En segundo lugar, crecí en una familia con muchos artistas -un hermano es escenógrafo, el otro es escritor, mi hermana tenía una profesión en artes y oficios, mi madre era periodista- y llegó a mis manos *Filosofía de la nueva música* de Adorno poco antes de dejar la escuela. Mi madre escribía crítica musical, lo que me inspiró para empezar a leer ese libro. Fue la primera vez que me topé con el nombre de Adorno y con la posibilidad de estudiar sociología en Fráncfort. Al principio había pensado estudiar periodismo, literatura y sociología de la literatura, pero como bachiller no tenía una idea clara de lo que podía ser eso. Sin embargo, había algo en ese texto que me atraía tanto que pensé en intentarlo en Fráncfort. Luego me senté allí durante dos semestres y no entendí nada. Fue muy duro. Pero esto no detuvo la fascinación. Después de dos semestres, poco a poco empecé a entender de qué hablaban Adorno y Horkheimer.

F - ¿Cuándo empezó a estudiar?

B-SCH - Fue en 1958. Con un año de interrupción, durante el cual estudié en París, estuve en Frankfurt todo el tiempo que fui estudiante. Empecé mi tesis doctoral con Adorno, luego murió en 1969 y continué mi doctorado con L. von Friedeburg. Estuve en el Instituto de Investigación Social de 1963 a 1971.

F - ¿Con qué expectativas acudió a las clases de Adorno la primera vez?

B-SCH - Eran dos cosas diferentes. Yo ya tenía un interés muy preciso en encontrar o mantener el acceso a la literatura y el arte modernos -no tanto a la música- más allá de la experiencia que ya tenía al respecto. La segunda era que procedo de la cuenca del Ruhr y crecí con hijos de mineros. Esa es la otra cara de mi interés por las ciencias sociales. Pensé que estudiar sociología en Fráncfort también podía significar aprender sobre lo que realmente mantiene unido al mundo, lo que realmente constituye la "sociedad". Sabía que la Escuela de Fráncfort tenía algo que ver con la tradición marxista. Como crecí en la cuenca del Ruhr, tenía mucha rela-

ción con la cultura de los mineros. Mi padre había muerto, éramos refugiados, así que también hubo un factor de desclasamiento en nuestra familia, y mi madre intentó por todos los medios contrarrestar la miseria material en casa mediante la educación y las actividades culturales. Intentó por todos los medios mantener el nivel de una familia académica. Eso provocó en mí ciertos sentimientos de rechazo. Tendía a ponerme del lado de los niños de la clase trabajadora, probablemente debido a mi propia experiencia de discriminación. Toda mi vida he sido alérgica a los comportamientos elitistas.

Esos eran los dos atractivos de Fráncfort para mí. Por un lado, esa vertiente que mi madre debió de inculcarnos, ese interés por el arte, la literatura y la ciencia. Por otro lado, estaban las experiencias sociales que querían comprenderse de modo político; las lecciones visuales directas sobre la “estratificación social” que había recibido en las familias mineras eran un impulso para seguir adelante. ¿Qué es una sociedad de clases? ¿Qué explican las teorías marxistas?

Me pareció fascinante encontrar en Fráncfort un lugar en el que podía esperar que ambas cosas –mi interés por el arte de vanguardia y la teoría crítica de la sociedad– pudieran confluir.

F – ¿Cuál fue su primera impresión de Adorno cuando asistió a sus clases o seminarios?

B-SCH – Mi primera impresión fue la de una tremenda elocuencia: me asombró que hubiera una persona que empezase una frase, hablara durante veinte minutos y se detuviera exactamente allí donde se pone el punto final de la frase. Eso fue lo primero que me fascinó. Esta tremenda concentración y densidad en la presentación de los problemas. Por supuesto, al principio esto nos superaba, pero aun así llegaba a los estudiantes, a saber, que se trata de desarrollar realmente los problemas; no de presentar hechos aislados o de enunciar juicios como si estuvieran en nuestras cabezas listos para salir y no tuvieran detrás ningún rodeo, ninguna confrontación de argumentos y contraargumentos. Poner en claro las controversias en cuanto al fondo, no para evitar contradicciones, sino para entenderlas como determinaciones históricas del objeto de investigación, de la realidad, eso era lo que me impresionaba de la forma de pensar de Adorno. Por supuesto, al principio también le tenía mucho miedo a Adorno. Esa autoridad. La idea de tener que hacer una presentación, un acta o un examen con él me asustaba bastante. Pero tam-

bién había algo que era más fuerte que esta timidez frente al corifeo. Había algo contagioso en la pasión de Adorno por filosofar, te atrapaba. No he conocido a otra persona en mi vida que fuera capaz de transmitir de un modo similar que pensar, comprender, descubrir conexiones es algo placentero. Adorno había impregnado libidinalmente el pensamiento, y eso se trasmitía. Aprendías de él con “entusiasmo”. Esta vitalidad no sólo me proporcionó una relación intelectual con mi maestro, sino también emocional.

F – ¿Qué actividades le impresionaron más?

B-SCH – Probablemente, sobre todo, las introducciones. Cada semestre, Horkheimer o Adorno daban una introducción a la sociología, a los conceptos sociológicos básicos. Se trataba de conceptos muy complejos como “totalidad”, “sociedad”, “individuo y sociedad”. Se suponía que aprenderíamos de ellos lo que significa entender la sociedad como una totalidad. ¿Qué fenómenos históricos exigen enfoques dialécticos, por qué sólo puedo entender los hechos individuales como algo ligado al contexto, y qué significa la contradicción como un hecho objetivo-estructural ...?

F – ¿Cambió el clima o el estilo en los seminarios en la época de los disturbios estudiantiles, especialmente durante la escalada de las disputas?

B-SCH – Ciertamente cambió desde el comienzo de mis estudios hasta los años del 68. Cuando empecé, algunas compañeras jóvenes y yo éramos las estudiantes para las que el primer semestre de sus estudios era también el primer semestre en la especialidad de sociología. Éramos unas doce. Luego había unos sesenta o setenta alumnos, entre ellos algunas alumnas, todos los cuales habían estudiado algo antes. Así que estos alumnos eran mayores, todos habían estudiado ya otra especialidad, y todos los semestres –del primero al decimocuarto o decimoctavo– estaban juntos, tanto en los seminarios especializados como en los cursos para principiantes. Después, el número de estudiantes creció enormemente, probablemente también debido a la introducción de la diplomatura; se podía hacer una diplomatura aquí en Fráncfort, y era la única diplomatura con un abanico tan amplio de sociología, psicología social, filosofía, economía y asignaturas optativas. Así que tuvimos que lidiar con un número creciente de estudiantes, lo que significó que el anonimato creció y el carácter de los cursos cambió. A mediados de los sesenta, Adorno im-

partía sus cursos troncales ante unos mil estudiantes. Este clima de enseñanza frontal contribuyó en gran medida a empeorar el clima de discusión entre Adorno y los estudiantes.

F - Entre sus alumnos y alumnas, usted es una de las pocas que le conocieron personalmente. Circulan diversas historias y rumores sobre cómo los acontecimientos de aquella época afectaron a Adorno. ¿Cómo ve usted las circunstancias de ese momento y sus posibles efectos en el ámbito personal?

B-SCH - Adorno estaba muy disgustado por haber sido atacado por los estudiantes. Pero nunca lo percibí amargado. Y también sentía una gran simpatía precisamente por los estudiantes activos, que eran mentes teóricas sobresalientes -estoy pensando en Krahl y en los hermanos Wolf-. No debemos olvidar algo. Aunque Adorno opuso una resistencia extrema a cierta forma de activismo, a la impaciencia de no querer seguir pensando sin que ello produjera resultados práctico-políticos inmediatos, sin embargo, él mismo también tenía rasgos rebeldes y anárquicos, si bien de naturaleza lúdica. Puede que llamara a la policía, pero no retiró su buena voluntad hacia los estudiantes en una situación como la ocupación del Instituto de Investigación Social. Al respecto hay una pequeña historia.

El instituto estaba ocupado, las fachadas pintadas con spray de arriba abajo con eslóganes. Adorno vino una mañana a mi despacho -yo tenía mi despacho frente al suyo- e indagó con mucha precisión cómo se hacían las pintadas, cómo funcionaba: ¿Qué tipo de colores? ¿Se pulveriza? ¿O se utilizan pinceles? No cejaba en su empeño. Le miré fijamente, había una mirada traviesa en sus ojos, y le pregunté: “Dime, ¿tú también quieres hacerlo?”. “Sí”, dijo, “me gustaría escribir en las paredes: ‘¡En este Krahl aúllan los lobos!’”.

CALLONI [C] - A menudo se oyen algunas anécdotas un tanto maliciosas y sarcásticas sobre el llamado machismo de Adorno y su actitud paternalista hacia las alumnas. Lo digo tan directamente porque estas anécdotas me molestan, porque hoy existe una división entre el “buen” teórico Adorno y el varón “malvado”.

B-SCH - Creo que Adorno era un hombre que se encendía rápidamente. En cuanto estaba con una mujer se ponía a flirtear. Eso tenía a veces algo de arbitrario, como si fuera “daltónico” ante la individualidad de una mujer concreta; parecía

inflamarse automáticamente por “lo femenino en sí”. Sin embargo, para Adorno, la permisividad erótica no era un privilegio masculino: también se lo concedía a las mujeres. A mis ojos, Adorno no era ni machista ni sexista. Y puedo decirlo porque personalmente estaba muy cerca de mí, y no deseo ocultar que había un tono erótico en nuestra relación. No había nada de machista ni de viril en sus acercamientos, sino más bien algo inconscientemente infantil, del mismo modo que Adorno conservaba gran parte de la inquebrantable espontaneidad de su infancia en otros ámbitos. Pero también tenía una gran dosis de timidez, que no es compatible con el carácter de alguien lanzado sin escrúpulos. También experimenté a Adorno como una persona fiable y afectuosa en su comportamiento hacia sus amigas. Para mí el factor decisivo a la hora de juzgarlo como hombre y de enfrentarme a ese prejuicio machista es que fui amiga suya y de Gretel Adorno. Para mí, la relación entre ambos se caracterizaba precisamente por esta tensión. Lealtad a pesar de todo, fiabilidad, una relación mutua casi simbiótica, por un lado, y la capacidad de darse libertad, por otro. De hecho, ambos han seguido siendo para mí modelos a seguir en la configuración de mis propias relaciones personales. Pasajes de *Minima Moralia*, como “Moral y orden temporal”, o sobre el matrimonio en la *Dialéctica de la Ilustración*, no son sólo teoría gris, sino también un trozo de realidad vivida.

C - Su generación utilizó los instrumentos críticos de Adorno para criticarle. Como mujer, intelectual de izquierdas y alumna de Adorno, ¿cómo vivió emocional y políticamente las muy provocadoras protestas de las mujeres contra su maestro en aquella época?

B-SCH - Adopté una posición crítica respecto a las teorías de la Escuela de Fráncfort desde una perspectiva feminista relativamente tarde. Mi anhelo de independencia frente a él –un interés, por cierto, que él exigía y requería– tenía inicialmente un impulso completamente distinto. Y este era una cierta vena elitista en Adorno, una leve intolerancia hacia los estudiantes que no se correspondían con sus propias ideas de educación, habilidad lingüística e intelectualidad. Ya he dicho que pasé mi infancia y mis años escolares en la cuenca del Ruhr y que sentía una afinidad emocional con el entorno cultural de esta región, caracterizada por las familias mineras. Me molestaba cuando Adorno se burlaba de los estudiantes o se tomaba casi como un insulto personal que no supieran ciertas cosas o hablaran un dialecto, por ejemplo, el de Hesse. A menudo solía decir de modo casi furioso:

“Quien dice “ebbes”^{*} también dice Hobbes”. En realidad, en general era amable con los y las estudiantes, pero también había en él una falta de comprensión hacia orientaciones y estilos de vida que chocaban con su privilegiada socialización burguesa. Por cierto, Adorno nunca tuvo prejuicios contra las mujeres en la universidad; quizá por eso descubrí tan tarde el sesgo masculino de su actitud intelectual. Lo que percibí inicialmente fue una extrañeza social hacia estudiantes de clases sociales que le eran distantes. Nunca reflexionó autocriticamente que esto podría ser una barrera para el conocimiento; que como niño burgués mimado podría no ser capaz de entender a través de la reflexión los intentos de emancipación desde abajo, porque carecía de la experiencia viva.

Hay un pasaje en *Mínima Moralia* en el que escribe que el mejor antídoto contra la alienación es la extrañeza. Siempre confió en esta posibilidad de ruptura, en la posibilidad de encontrar la verdad a través de la distancia, a través del esfuerzo de objetivación. Sin embargo, el hecho de que la distancia social pudiera ser también una limitación insuperable, un estrechamiento de la capacidad de conocimiento y experiencia, quedó sin discutir en su propio pensamiento. Recuerdo que la idiosincrasia era para él una fuente central y subjetiva de conocimiento; en este sentido, siempre permitió que su propia afectación fuera un estímulo para la investigación; pero no creo que se diera cuenta de las barreras de clase, de la separación de clases en su interior. Esto me impulsó a tratar la alteridad social de forma diferente. Para mí, esto se expresó en una forma diferente de participar en la investigación social empírica. Busqué formas metodológicas de dar a las personas con las que investigaba y sobre las que investigaba un estatus diferente en el proceso de investigación; en ámbitos con los que no estoy familiarizada, los expertos y expertas en la situación son los que están familiarizados con ellos. Mi primer proyecto empírico fue sobre las trabajadoras a destajo, y sólo cuando me comprometí activamente con estas mujeres pude establecer una conexión práctica con el nuevo movimiento feminista. En cuanto a tu pregunta sobre las provocadoras acciones lanzadas por el Consejo de Mujeres de la Alianza de Estudiantes Socialistas Alemanes (SDS) contra Adorno, me sentí acosada por ellas, era incapaz de aceptar esta forma de protesta y sigo sin poder hacerlo a día de hoy. Aún hoy, el recuerdo de ciertas escenas me produce malestar, la sensación de no haber defendido lo suficiente a Adorno. Sé lo

^{*} Se trata de una expresión dialectal característica que quiere decir “algo”, mientras que el alemán estándar usa la palabra “etwas”.

sensible que era y que el sexismo crudo no era lo suyo. Me resultaba difícil distanciarme públicamente de esas acciones –formaban parte de la protesta contra el conjunto de los camaradas androcéntricos–, pero tampoco podía solidarizarme con ellas. A día de hoy, soporto mal el sexismo de nuestra parte.

C – Desde principios de los años ochenta, usted ha intentado desarrollar una versión feminista de la teoría crítica de la sociedad a través de la investigación empírica y de psicología social. Parece que usted, al igual que su colega en Hannover Oskar Negt, quería analizar lo que el llamado elitismo de los antiguos “francfortianos” había omitido: la consideración concreta de la esfera proletaria, en su caso desde una perspectiva feminista.

B-SCH – Has nombrado este motivo con bastante precisión. Siempre he podido aceptar la afirmación de Adorno de que la teoría y la investigación empírica no se pueden representar mediante un continuo. Pero no he podido aceptar que la teoría no pueda concretarse hasta el punto de ser capaz de captar los procesos vitales y las experiencias de las personas. Creo que la teoría puede acercarse más a la realidad social –y por tanto también a lo empírico– de lo que lo hizo la Escuela de Fráncfort. Esto, por un lado. Por el otro, es que en los últimos años he reflexionado mucho sobre lo que significa hoy mi relación con la Teoría Crítica, especialmente mi relación con mis profesores. Y me he dado cuenta de una extraña paradoja. Por un lado, me he alejado mucho de mis maestros en términos de contenido –eso tiene algo que ver con la orientación temática hacia los estudios sobre la mujer–. Pero en términos de método y epistemología –a pesar de las diferencias feministas– he seguido siendo una discípula de Adorno y Horkheimer. Lo que motiva mis estudios es, en realidad, la adhesión a la crítica de las ideologías como instrumento de conocimiento, al principio de negación determinada, pero también a la necesidad de análisis contextuales como análisis de las contradicciones. Esto incluye la relación entre el individuo y la sociedad. Sin embargo, ya no quería aplicar estas cuestiones metodológicas únicamente a las sociedades de clases, sino más bien a las formas sociales según las cuales se organizaban y se organizan las relaciones de género. En uno de mis artículos, *Mujeres y desclasamiento, género y clase*, intenté comparar el intercambio de mercancías en el mercado burgués y en el mercado laboral con el intercambio de mujeres en la historia. Estos trabajos teóricos dieron lugar precisamente a los puntos de ruptura con la Escuela de Fráncfort

que provocaron las críticas a Adorno (y Horkheimer). Me encontré con posiciones en las que los propios autores de la *Dialéctica de la Ilustración* suspendían la dialéctica. En sus intentos de identificar la violencia, ellos mismos proceden de forma deductiva, unificadora y unilateralmente negadora. Las contradicciones y, por tanto, también los puntos de partida para la resistencia desaparecieron analíticamente tanto del universo vital proletario como del femenino. Adorno no podía describir a las mujeres de otra manera que como seres desnaturalizados, como deformadas por la dominación patriarcal. Al sexo femenino se le niega toda forma de independencia, tenacidad e inconformismo. En consecuencia, apenas hay una sola frase sobre el movimiento de mujeres como movimiento de resistencia en toda la Teoría Crítica.

F - Si es cierto, como ha dicho Habermas en varias ocasiones, que la relación de Adorno con Freud se caracteriza por la misma ortodoxia encubierta que su relación con Marx, entonces es razonable plantear contra Adorno la misma objeción que se ha planteado contra Freud, a saber, que sus afirmaciones sobre la mujer y la “naturaleza femenina” se refieren a una situación histórica concreta y establecen generalizaciones inadmisibles. Pienso en una afirmación como la del aforismo 59 de *Minima Moralia*, “Desde que lo vi”, en la que se afirma la total conformación de lo femenino por la dominación masculina y –aquí como en general– no se ve salida más que a través del conocimiento: “Aquella que se siente una herida cuando sangra sabe más de sí misma que aquella que se cree una flor porque eso le conviene a su marido.”

B-SCH - En el caso de Adorno es más complicado. Por un lado, es cierto que siguió el teorema de Freud de la mujer castrada, pero con más solidaridad hacia las mujeres que Freud. El teorema no se entiende de forma afirmativa, sino que es en realidad una crítica radical al androcentrismo. Creo que parte del negativismo de Adorno proviene del hecho de que no quería armonizar la dominación masculina a cualquier precio. Eso es lo honesto y progresista de él, que realmente se tomó en serio la crítica del patriarcalismo. Pero entonces no queda más que la desnaturalización de la mujer a través de la dominación masculina y el sufrimiento como único momento auténtico en el que los caracteres sociales femeninos son otra cosa que productos de la modulación masculina.

Creo que Adorno fue un fiel intérprete de Freud en la medida en que mantuvo los principios del psicoanálisis freudiano: la teoría de la libido, la teoría de la pulsión de muerte, el concepto del conflicto edípico, la conexión entre represión pulsional y desarrollo cultural represivo. Sin embargo, Adorno también fue más allá de Freud en ciertas dimensiones teóricas. No sólo por su defensa de las pulsiones parciales –que es uno de los aspectos anárquicos de Adorno–, sino también por su confrontación crítica con la psicología del yo freudiana y con su concepto de narcisismo, que supone un desarrollo ulterior. Sólo menciono aquí su ensayo *Sobre la relación entre sociología y psicología* o su ensayo sobre el antisemitismo. La idea de Adorno del yo como configuración psíquica es verdaderamente dialéctica, no sólo en un sentido de teoría de las pulsiones, sino también en una comprensión de teoría social. Es a la vez psíquico y extrapsíquico, expresión de impulsos libidinales y de procesos opuestos de represión a la vez que representante de una realidad antagónica. Las acciones del yo, incluidas sus acciones de tanteo preconscious, con y en las que intenta armonizar las aspiraciones interiores y las exigencias sociales, siempre están envueltas en contradicciones y constelaciones conflictivas.

Tal vez debería ampliar un poco este punto. Según Adorno, el interés por la autonomía y la autoafirmación choca con el interés por la autoafirmación bajo la presión a la adaptación. Así pues, por un lado, el yo debe adaptarse a las condiciones existentes; debe acatar las reglas del juego; de lo contrario, se saldrá del engranaje social. Sin embargo, en el proceso de adaptación, se le exigen muchos sacrificios que no son evidentes a primera vista. Para poder hacer frente a estas renunciaciones, el yo debe encontrar una estrategia contraria a la confrontación consciente con la represión social. Adorno supone que el yo lleva a cabo maniobras de apaciguamiento para evitar que se produzca un menoscabo demasiado grande de la autoestima. Y cree que esta defensa contra los agravios narcisistas tiene lugar de modo inconsciente. Como las renunciaciones suelen parecerle absurdas al yo, éste no puede identificarse con ellas ni interiorizarlas. Y, por otro lado, como el yo teme –consciente e inconscientemente– las derrotas sociales tanto como las frustraciones psíquicas, no protesta contra las exigencias conductuales sin sentido. De este modo, la adaptación que persigue el yo permanece externa a él y su resistencia a ella queda rota. Adorno ve así al yo en una situación desoladora. Quiere autoconciencia, pero le resulta difícil conseguirla frente a la prepotencia de la sociedad; y quiere autoafirmación social, pero no puede lograrla sin sometimiento. Los impulsos antirrepresivos están en pugna con los que sucumben a la represión. Adorno re-

prochaba a Freud que no explicara esta doble posición del yo, que constituye su debilitamiento, desde su posición contradictoria frente a la realidad social, sino que sólo viera el lado de los conflictos psíquicos internos. Creo que las reflexiones de Adorno sobre la conexión entre la debilidad del yo y el narcisismo colectivo representan un concepto que va mucho más allá de las ideas de la “sociedad sin padre” (Mitscherlich) y del concepto del “nuevo tipo de socialización” (Tom Ziehe). Él se refiere de forma diferente a la realidad social objetivada y no elucubra todo a partir de las relaciones interpersonales, por ejemplo, según el patrón de un padre débil debido a su dependencia social, una madre hiperpresente en la familia que alarga en el tiempo la simbiosis y un hijo narcisista. Me fascinaba el concepto de Adorno porque me retaba a contradecirlo. La confrontación de las personas con un mundo contradictorio no tiene por qué conducir necesariamente a la debilidad del yo y a evitar del conflicto. La confrontación con tendencias conflictivas en el entorno social también puede conducir a tolerar la ambivalencia y a un abordaje consciente y rebelde de las incoherencias sociales. En cualquier caso, creo que tenemos pruebas empíricas de ello en el caso de las mujeres, que siempre tienen que lidiar con contradicciones en el contexto de sus vidas.

F – En la antología *La investigación social como crítica*, Jessica Benjamin criticó la adhesión de la Teoría Crítica más antigua al modelo edípico, la tesis de que la interiorización de la autoridad es también la condición de posibilidad de la autonomía. Esta conexión le parece específica de la subjetividad masculina. En su opinión, la incoherencia reside en el hecho de que en la *Dialéctica de la Ilustración* se critican en toda su crudeza las consecuencias de la racionalidad instrumental y del yo monádico, pero se mantiene la teoría de la socialización, que defiende esas consecuencias.

B-SCH – Eso es algo difícil. Creo que Jessica Benjamin tenía razón al criticar algunas incoherencias de la *Dialéctica de la Ilustración*. No se trata sólo de que la historia del surgimiento de la subjetividad femenina se ignore por completo o se considere negativa. Aunque esto también incluya lo humanitario de la maternidad, que Adorno y Horkheimer tenían en tan alta estima y de lo que se beneficia especialmente el hijo. Es cierto que el análisis desde la perspectiva de la historia de la especie, que explora la génesis de una razón patriarcal e instrumental, no se puso en relación con los supuestos teórico-sociales sobre las oportunidades de individua-

ción masculina en la familia liberal burguesa, como puede leerse, por ejemplo, en *Autoridad y familia*. Pero en su crítica a la *Dialéctica de la Ilustración*, Jessica Benjamín pretende argumentar en términos de psicología evolutiva, lo que no es la intención del texto. Los autores de *Dialéctica de la Ilustración* persiguen una perspectiva de teoría de la cultura. Van tras la pista de una forma social de subjetividad, que ciertamente es una forma autocrática. Jessica Benjamín, sin embargo, no ve las implicaciones que surgen no ya de las constelaciones relacionales, sino del proceso de autoconciencia del ser humano en la confrontación con una “naturaleza” percibida como prepotente (entorno no comprendido, cosmos no comprendido, naturaleza interior no domesticada), que provocó la contraposición y la autoafirmación de la subjetividad, el espíritu.

En cuanto a la posición psicoanalítica de Jessica Benjamin, tengo algunas dificultades que tienen que ver con el concepto de teoría de las relaciones objetales que ella comparte con muchas otras feministas estadounidenses. Por ejemplo, con Nancy Chodorow, a la que se refiere con mucha insistencia. El problema es que, al criticar justificadamente que la teoría freudiana se centre en el conflicto de Edipo, que de hecho afecta a un complejo masculino, expulsa en gran medida la teoría de la libido del psicoanálisis. En mi opinión, las teóricas de las relaciones objetales se han agenciado dificultades para la definición de la sexualidad femenina. No creo que podamos tirar por la borda la teoría de la libido sólo porque se ocupara principalmente del desarrollo de la sexualidad masculina. La teoría de la libido no tiene por qué ser falocrática per se. Yo intentaría aferrarme a la teoría de la pulsión, pero revisándola para un análisis de la sexualidad femenina. En cuanto a los cambios de paradigma que se hacen necesarios, seguiría a Jessica Benjamin y Nancy Chodorow al situar la relación madre-hija en el centro e intentar comprender el significado del padre a partir de la especificidad de esta relación.

Intentaré indicar por qué, a pesar de las críticas al androcentrismo, me parece importante para comprender los procesos de individuación femenina aferrarse a la teoría de la pulsión de Freud, teoría que pretende captar el desarrollo psicosocial del ser humano con las fases de organización de la libido. Nancy Chodorow –y Jessica Benjamín la sigue en esto– parte de la base de que la relación madre-hija es una relación no sexualizada. La relación es amorosa, pero no pasional-erótica. Esto convierte en tabú el problema de la homosexualidad entre madre e hija. La consecuencia de este tabú es que no se plantea un problema muy específico del desarrollo sexual femenino. La niña no sólo debe –tal como lo veía Freud, que por cierto

reconocía el carácter pasional del amor de la hija por su madre- cambiar el objeto de su amor (de su madre a su padre), sino que debe, en general y fundamentalmente, encontrar el camino desde la primera relación sexual intensa, que es homosexual, hacia la heterosexualidad. Si nos tomáramos este problema más en serio, podríamos suponer una razón distinta para la agresividad de las hijas hacia las madres de la que ofrece Freud, quien supone que las niñas reaccionan airadamente ante la falta de dotación fálica de sus madres. La razón podría ser el amor decepcionado. La hija ve que las pulsiones eróticas de su madre, su libido, se dirigen hacia su padre y su hijo, es decir, hacia las relaciones heterosexuales.

Ya no necesitamos referirnos a la envidia del pene para explicar un cambio en el objeto amoroso de la niña. La razón residiría entonces en gran medida en el tabú (materno) del incesto madre-hija, la represión de la homosexualidad en la primera infancia. Y si la homosexualidad femenina de la primera infancia tiene que ser reprimida en aras de fortalecer la heterosexualidad, entonces se entiende por qué la niña se decanta por su padre, quien, como tercero no involucrado en estos conflictos pulsionales, ayuda a salir de esta peligrosa fijación. La identificación con la intelectualidad como contrapeso a los enredos emocionales con la madre sería entonces también un desarrollo plausible y necesario dentro de los procesos de individuación femenina.

C - ¿Qué consideración merece la investigación sobre la “naturaleza de la mujer”?

B-SCH - Yo diría adiós a la idea de que las mujeres están más cerca de la naturaleza. También a la tesis de la desnaturalización, que asimismo reduce a las mujeres a lo natural, sólo que de forma negativa, en el sentido de que la dominación masculina la expulsa de ellas. Asumo que la sexualidad femenina está constituida psicosocialmente, aunque los supuestos de Luce Irigaray sobre las imaginaciones que se adhieren a la morfología del cuerpo femenino son muy importantes para mí. Pero también las demás características de las mujeres se adquieren socialmente. Creo que las oportunidades de desarrollo y apropiación de las mujeres dependen no sólo de su clase o estrato social, sino también en gran medida de su posición en la jerarquía de género. Por lo tanto, el “género” debe concebirse de dos maneras: como una categoría que intenta captar los caracteres de género y como un concepto que apunta a una estructura social, esto es, a la organización social de las rela-

ciones de género y las posiciones sociales que hombres y mujeres ocupan en ellas. En angloamericano, esta dualidad del constructo social “género” es más fácil de captar porque el lenguaje distingue entre “sex” y “gender”. Si tenemos en cuenta este aspecto estructural de la pertenencia al género, resulta imposible negativizar o positivizar la feminidad.

C - Entre los desarrollos recientes de la teoría feminista, sobre todo en Estados Unidos, se encuentra el trabajo sobre “Mujeres y moral”. Pienso en Carol Gilligan. En la *Dialéctica de la Ilustración*, por otra parte, tenemos la estilización inmoral de la mujer en la figura de Juliette.

B-SCH - Tenemos a ambas, a la hetaira Juliette, pero también a la madre. Preferiría que las mujeres pudieran primero ser mujeres antes de ser estereotipadas. Ese es uno de los puntos ciegos de la *Dialéctica de la Ilustración*, que las mujeres sólo aparecen bajo estos estereotipos. Por lo que respecta a la discusión americana, aprecio mucho *In a Different Voice* de Carol Gilligan. Sin embargo, debemos plantearnos si no podríamos alejarnos un poco más de la polarización entre la moral masculina y la femenina. Si se polariza, hay que ser consciente de que se trata de caracteres sociales integrados en una determinada organización social de las relaciones de género. En la medida en que se examine si nuestra organización actual de las relaciones entre los géneros sigue siendo realmente tan polarizadora o si no se ha logrado históricamente, al menos por parte de las mujeres, traspasar las fronteras entre las esferas de lo “privado” y lo “público” hace mucho tiempo, también habría que abandonar el pensamiento en dualismos. Lo que me gusta de la obra de Gilligan es que rechaza ciertas formas de universalización, como las emprendidas por Piaget y Kohlberg. Lo masculino se establece irreflexivamente como totalidad.

C - En su último libro, *Geschlechtertrennung - Geschlechterdifferenz* [Separación de género - diferencia de género], escrito con Gudrun Axeli-Knapp, critica la ideología del matriarcado pacífico y los conceptos armonizadores de la feminidad. Adorno tampoco tiene una idea de reconciliación en este sentido. ¿Se encontraría aquí una fuente de actualidad para una teoría crítica feminista de la sociedad?

B-SCH - ¿Por qué nos resistimos a una idealización de lo femenino? Tiene que ver con nuestros análisis estructurales. Si las mujeres se enfrentan a la paradójica situación de, por un lado, haber sido y ser históricamente excluidas de determinadas esferas sociales, concretamente de la mayoría de los dominios del poder social, y, por otro, ser socializadas doblemente, tanto en la esfera doméstica de la reproducción como en la vida laboral, entonces esta apropiación contradictoria de las mujeres, que se expresa en la coexistencia de integración y exclusión, debe reflejarse también en la socialización femenina. En mi opinión, la exclusión de los privilegios masculinos y la degradación a segundo sexo causan daños a la confianza en sí misma y a la necesidad de igualdad de derechos y de valor. Las mujeres no pueden desarrollar todo su potencial si se las mantiene alejadas de determinadas posiciones y campos de acción; la decisión de concentrarse totalmente en la esfera privada y la familia amenaza a las mujeres con el peligro de quedar marginadas. Y el deseo de tener a la vez “familia y carrera” las enfrenta a una doble carga y a una doble explotación. Si no vemos estas dificultades en la vida de las mujeres, si no queremos reconocer los impedimentos personales que conllevan, estamos enmascarando y armonizando. Por eso estamos en contra de que las mujeres sean simplemente mejores personas. Esto no significa que no reconozcamos también que las mujeres son superiores a los hombres en ciertos aspectos. Cuanto más diversos son los ámbitos de experiencia, más amplio es el espectro de posibilidades de apropiación. Con su doble orientación hacia la familia y la carrera profesional, las mujeres tienen sin duda una socialización más polifacética que los hombres.

F - Me gustaría volver un poco a Adorno. Antes ha mencionado el aforismo “Constanze” de *Minima Moralia*, uno de los más desacreditados desde una perspectiva feminista en su intrincado alegato a favor de la fidelidad. ¿Puede realmente negarse la obediencia al mandato social de ser fiel, como dice allí, sólo a través de la fidelidad? ¿Acaso la sociedad burguesa no teme sobre todo la erosión de los valores, que se refleja en el aumento de las tasas de divorcio, los hogares unipersonales y las parejas de hecho? ¿Habla aquí Adorno como representante temeroso de los hombres frente a la libertad de las mujeres?

B-SCH - Creo que eso también es más complicado en Adorno. No creo que quisiera afirmar y defender el matrimonio monógamo con este aforismo, que también incluye el de la conexión entre *Moral y orden temporal*. Puede que sea un prejuicio

burgués anticuado que se pierda un trozo de humanidad con la desintegración de las formas familiares tradicionales. Sin embargo, no está claro si el deseo individual de más libertad y oportunidades de desarrollo y cambio personal va acompañado también de la capacidad de afrontar las separaciones de forma humana. Adorno criticó la rapidez con la que se retira la carga emocional a una persona y se transfiere a otra como un rasgo de nuestra sociedad de usar y tirar, que también arroja a las personas al montón de la chatarra. Para él, la fidelidad es la capacidad de recordar; no simplemente tachar un trozo de nuestra historia vital compartida, que nos ha convertido en lo que somos hoy, sino tenerlo presente y convertirlo en la base de cómo tratamos a la persona a la que infligimos dolor. Elias Canetti dijo una vez que los artistas, si quieren ser creativos, deben tener un corazón amplio en el que quepan muchas personas. Me imagino que la idea de Adorno sobre la capacidad de amar es parecida: dejar espacio en uno mismo para diferentes personas sin apartar a las que durante mucho tiempo han sido únicas para nosotros. Pero esto requiere precisamente la capacidad que Adorno vio menguar en una época que diagnosticó como la época de la debilidad del yo y el narcisismo colectivo, esto es, la capacidad psíquica de integrar. Nunca he leído los pasajes sobre la fidelidad como una afirmación. Después de todo, Adorno trata en ellos conflictos y aporías. El derecho a la espontaneidad, que reside en la capacidad de enamorarse, y el deseo de fiabilidad, de solidaridad en el amor, de sostenimiento de los vínculos que nos mantienen ocupados son, al fin y al cabo, contrarios. Luego hay un pasaje sobre el matrimonio en la *Dialéctica de la Ilustración*, en el que me planteo si la defensa que hace Adorno de los aspectos humanos de la duración, de la continuidad compartida, no afirma también otra cosa, esto es, la experiencia de la emigración, la amenaza del exterminio fascista de los judíos. Cuando dice “matrimonio significa solidaridad, soportar juntos la muerte”, me lo tomo en serio. No sólo como una indicación de que amar también significa compartir el envejecimiento y la muerte. Sino mucho más enfáticamente como la declaración de una persona que sabe que se ha salvado por poco, y donde la protección y la fiabilidad en una relación significan por tanto algo especial. No sé si una parte de la tradición judía, en la que la duración y las relaciones conyugales tienen un significado específico, no resuena inconscientemente en este pasaje.

F – “Las mujeres de hoy”, así comienzan los eslóganes publicitarios de una revista femenina, para continuar, por ejemplo: “son menos propensas a tener acci-

dentes porque no imitan a los hombres en todo”; sólo en lo mejor, hay que añadir. Así que las mujeres de hoy no sólo son bellas –como siempre han sido en esta revista y para esta revista– sino también inteligentes y seguras de sí mismas. Si un hombre les pellizca el trasero, deslizan alegremente un polo de hielo en su bañador o ponen una pipa en su jarra de cerveza con una sonrisa confiada (y lo castran simbólicamente).

B-SCH - Al menos se lo han quitado de encima temporalmente.

F - “No hay emancipación” de la mujer “sin la de la sociedad”, concluye el aforismo de Adorno “Filemón y Baucis”. ¿Cómo ve la situación de la mujer (de) hoy a este respecto?

B-SCH - Me refiero simplemente a mis experiencias en la docencia. Realmente he notado en los últimos años que las mujeres se han vuelto mucho más seguras de sí mismas. Han evolucionado muchas cosas. Hoy en día, las alumnas insisten más en tratar temas que tienen algo que ver con ellas. Son más asertivas y ya no dejan que sus compañeros tomen la palabra en los seminarios. Pueden sostener argumentos feministas, aunque sea difícil enfrentarse repetidamente a los prejuicios masculinos entre los estudiantes y los profesores. El problema que tengo es más bien que los hombres jóvenes no soportan tratar las diferencias de género y los clichés sobre la feminidad y la masculinidad. En los cursos que abordan las relaciones de género, pueden estar presentes durante dos o tres sesiones, pero luego muchos de ellos desaparecen. Así que yo no diría simplemente que no hay emancipación de la mujer sin emancipación de la sociedad. Muchas mujeres se han emancipado a pesar de que la sociedad no ha cambiado en muchos aspectos en lo que respecta a su situación. Según el principio de la dialéctica, también hay que decir: no hay emancipación de la sociedad sin emancipación de la mujer. Pero yo preferiría decir: no hay transformación de la sociedad sin un cambio estructural en la organización social de las relaciones de género, no hay emancipación de la sociedad, de las mujeres y de los hombres, sin la abolición de este sistema de dominación.

F - Una última pregunta directamente relacionada con Adorno. ¿Qué cliché de los que entretanto se le han endosado le gustaría más que se corrigiera?

B-SCH - Hay dos. Una es que Adorno convirtió a sus alumnos en epígonos. Creo que eso es más un problema de los alumnos que del profesor. Adorno no sólo honraba la independencia, sino que la exigía. Quizás una pequeña historia sobre esto. Fritz Lang, el famoso director de cine, estaba de visita en el Instituto de Investigación Social. Habló con Adorno sobre la película de Bergmann *El silencio*, y obviamente pensó que algunas de las apreciaciones de Adorno eran anticuadas. Como Adorno sabía que yo había visto la película, me llamó, como la voz de la generación más joven, por así decirlo. Le dije a Fritz Lang que esta película me había atormentado en amplios pasajes con su sensualidad y su carácter penetrante. Había vivido ciertas escenas como una sobreestimulación sexual, como una manipulación pornográfica de mi sensualidad, como una pérdida de autodeterminación por la imposibilidad de la distancia. Fritz Lang se volvió hacia Adorno y le dijo: “No me extraña que opine como tú, es tu alumna, se identifica contigo”. Nunca he visto a Adorno tan enfadado como en aquel momento en que pronunció esta frase. Lleno de indignación, contraatacó: “Dado que es mi alumna, es alguien que piensa por sí misma, se guía por su propia cabeza...”. Miró furioso su reloj, corrió al armario, cogió un sombrero y un abrigo... Y entonces nos encontramos con un espectáculo extremadamente cómico: Adorno había cogido el sombrero y el abrigo de Fritz Lang: el sombrero era demasiado grande y se le había colado por las orejas, el abrigo era demasiado largo y los brazos y las manos de Adorno desaparecían en él. Desconcertado, Adorno se miró a sí mismo y luego -todavía lleno de ira- exclamó: “Y ahora crees que me identifico contigo sólo porque tengo tu sombrero en la cabeza...” La situación se convirtió en una carcajada a la que nos unimos los tres.

El otro cliché es la idea del intelectual distante. Es difícil entender su ímpetu estético si no se le ha conocido también como una persona llena de fantasía, muy lúdica y juguetona. Jugué mucho con Adorno. Poco antes de la una, ponía fin a su trabajo en el escritorio. Entonces teníamos un cuarto de hora para jugar. Había entonces un juego favorito: “El gusano andante sale a pasear”. Este personaje se lo había inventado él. Así que nos poníamos junto a la ventana y Adorno dejaba que el gusano andante se fuera a pasear. El gusano andante se paseaba por la universidad y se comía a los colegas con los que Adorno estaba molesto, en reuniones, comités, etc. Así que siempre sabía muy bien lo que se había discutido, porque llevaba la cuenta de a quién se comía y por qué. Jugaba a muchas cosas así.

C - ¿Muestra eso el lado femenino de Adorno?

B-SCH - Digamos que era un hombre muy tierno.

Traducción del alemán de José A. Zamora